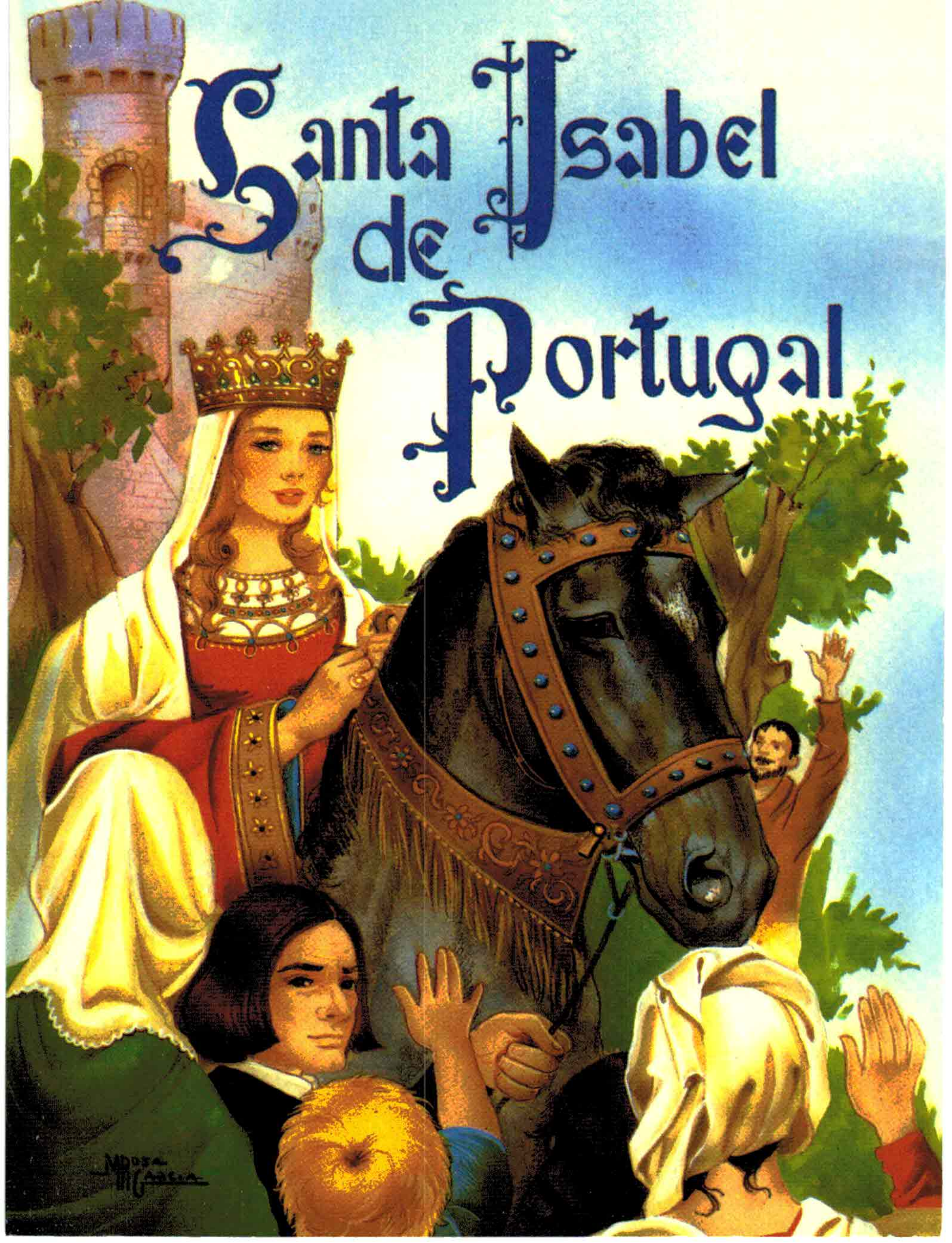

Santa Isabel
de
Portugal

SANTA ISABEL, REINA DE PORTUGAL

Fray Antonio Corredor, o.f.m.

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica
Depósito legal: M. 48.864-2007
ISBN: 978-84-7656-140-9
Imprime: IMPRESA

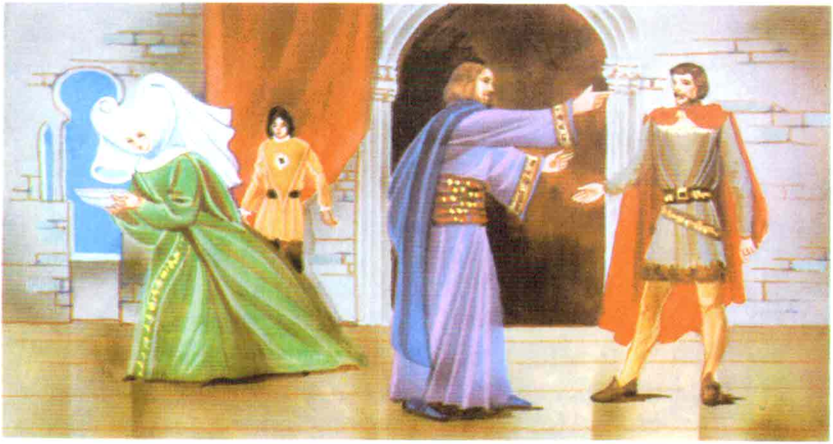
I
INFANTA DE ARAGON

Su nacimiento

¡Que edificante y bella es la vida de Santa Isabel, Infanta de Aragón y Reina de Portugal!

En Zaragoza vio la luz del mundo y en el castillo de la Aljafería, el año del Señor de 1271.

¿Quiénes fueron sus padres? Su madre es Doña Constanza, hija de Manfredo, Rey de Sicilia. Su padre es Don Pedro, infante heredero del Rey de Aragón.



Por línea paterna, es nieta de Jaime I el Conquistador, y por línea materna, de Federico II, Emperador de Alemania.

También por parte de su madre es sobrina de la Reina Santa Isabel de Hungría, la joven duquesa de Turingia, que había muerto el 19 de noviembre de 1231, a los veinticuatro años de edad, y que cuatro años más tarde, en 1235, fue elevada a los altares por Su Santidad el Papa Gregorio Noveno.

En devoción y recuerdo suyo, se le impuso en el bautismo a nuestra infantita el nombre de Isabel, (que quiere decir, en hebreo, llena de Dios) recibiendo las aguas bautismales en la catedral zaragozana de la Seo.

No fue hija única. Doña Constanza dio a luz, además, a los infantes Don Alonso, Don Jaime, Don Fadrique, Don Pedro y Doña Violante.

En Isabel, el carisma más notable que parece resplandecer en toda su vida, es el de poner paz en su familia.

Así, ya en su nacimiento, hizo que padre y abuelo se reconciliaran, pues tiempo hacía que andaban desavenidos.

Su educación

Don Jaime, subyugado por el encanto de aquella nietecita, influyó para que su educación se llevara a cabo en su mismo palacio de Barcelona.

Se veía, y el tiempo lo aclaró después, que el cielo había dotado de gracias especiales a esta niña.

Sabemos que los santos no nacen santos. Pero es cierto que el ambiente, las circunstancias, y sobre todo, la correspondencia a las divinas gracias, hacen que ciertas almas que Dios escoge y ama con predilección, evolucionen con paso

firme y seguro en ese camino que lleva al grado de santidad a que el Señor las tiene destinadas.

En cuanto a Isabel, se esmeraba su abuelo para que se formase en los principios de la religión cristiana, para que la enseñaran a rezar y a meditar y a venerar las imágenes del Señor, de la Virgen y de los santos.

Y es señal de que en su tierno corazón prendían estas enseñanzas que, cuando la niña se afligía o lloraba por alguna cosa, bastaba con mostrarle una imagen de María o el crucifijo para que inmediatamente se calmara y cesara de llorar.

Así que Don Jaime, entusiasmado y sin poderse contener, había dicho de ella:

—Será la más noble y honrada mujer que jamás salió ni saldrá de la Real Casa de Aragón.

Barcelona tuvo la suerte de verla crecer. En su Palacio Mayor se deslizó su niñez de princesita. Desde sus torres contemplaría muchas veces las maravillas del mar, el cielo y la ciudad.

Sí, tuvo la suerte de modelar su alma en la Corte de la poderosa y magnífica Casa de Aragón.

Una nota de franciscanismo

Por este tiempo visitó a Don Jaime el Ministro General de la Orden Franciscana, fray Jerónimo de Ascoli, que más tarde sería Sumo Pontífice con el nombre de Nicolás Cuarto.

El Monarca, que era muy devoto de San Francisco de Asís, aprovechó la ocasión para presentarle a la infanta, que sólo contaba tres años de edad, y le rogó que la bendijera en nombre del Seráfico Patriarca, cuyo sucesor él era.

Con agrado y ternura lo hizo el Ministro General, que quedó prendado de los encantos de la niña.

Muerte de Don Jaime

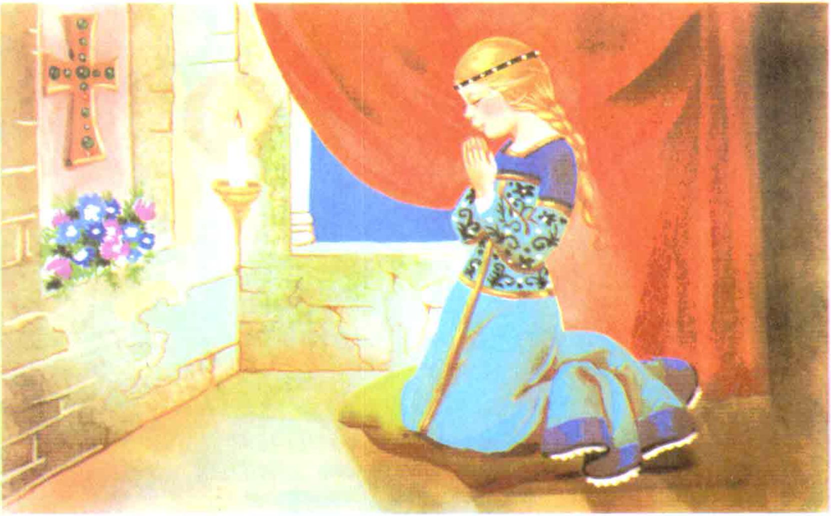
Por agravarse Don Jaime en la enfermedad que venía padeciendo, la Casa Real se traslada a Valencia, ciudad donde a la sazón se encontraba el Rey.

Aquí muere el ilustre abuelo, no sin antes haber pedido que subieran al lecho a la infantita, para darle el último beso.

Era el 27 de julio de 1276. Contaba la niña cinco años de edad.

A Don Jaime, además de "El Conquistador", lo llamaban "El Santo", porque había fundado más de dos mil iglesias, y fue cofundador, con San Pedro Nolasco y San Raimundo de Peñafort, de la Celeste, Real y Militar Orden de la Merced para la redención de cautivos.

Su muerte, las exequias, plegarias y duelos, todo se iba grabando indeleblemente en el corazón de la pequeña infanta Isabel.



Coronación de Don Pedro III

Meses después, en octubre, marcha la Corte a Zaragoza, con miras a la coronación de Don Pedro.

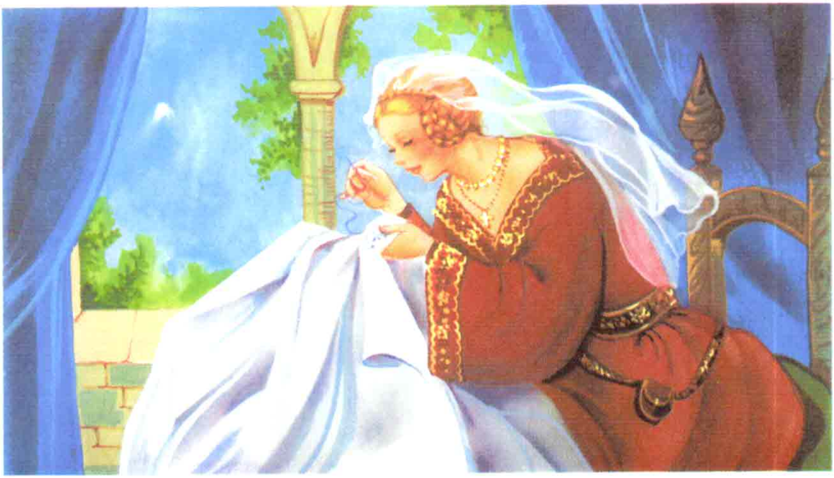
Esta ceremonia se verificó solemnemente, el día quince de noviembre, en la Iglesia del Salvador.

Admirada y curiosa, la niña contempla la coronación de su padre, Don Pedro III, el Grande, que desde aquel momento comenzaba a llamarse Rey.

Al día siguiente se efectuó la coronación de su madre, Doña Constanza de Sicilia, imponiéndole la corona su mismo padre, Don Pedro.

El palacio de la Aljafería y toda la ciudad arden en fiestas, celebrándose justas y juegos en los que el pueblo participa con algaraza.

La infanta reza y ora por la prosperidad de un reinado que comienza con tan felices augurios, por lo cual su padre dice que ella es el Angel de la Guarda de sus Estados.



Cómo distribuía el tiempo

Vuelve la infanta a Barcelona y allí sigue recibiendo una esmerada educación.

El tiempo lo tenía bien distribuido, tanto en el trabajo como en la recreación, de tal modo que hilaba, cosía, bordaba, leía libros devotos y las vidas de los santos, recitaba los salmos, se ejercitaba en diversas prácticas piadosas y recibía en otras disciplinas la conveniente instrucción.

En los ratos de recreo, va en busca de los menesterosos, los que, socorridos por su amo, piden al cielo derrame abundantes bendiciones sobre aquella angelical criatura.

II
REINA DE PORTUGAL

Desposorios

Al llegar a la edad de doce años, pretendientes de diversas Cortes de Europa piden su mano.

Ella, más bien, devotísima como era de San Francisco de Asís hubiera deseado ingresar y vivir para siempre entre las pobres y humildes hijas de Santa Clara.

Pero en las disposiciones de su padres ve Isabel la voluntad de Dios.

Y consiente en casarse con Don Dionisio de Portugal, joven Rey que contaba veinte años de edad y era nieto de Alfonso X el Sabio.

Más con una condición: que cesara la guerra que Don Dionisio hacía contra su madre y contra su hermano.

El Rey accede a este deseo de la infanta, hace las paces y se acaban, de momento, las luchas, gozando todo Portugal de una gran paz y tranquilidad.

Y la Serenísima Infanta Doña Isabel, ante los embajadores de Portugal y otros notables testigos, en Barcelona y en su Palacio Mayor, suscribió el acta de los desposorios que habían de decidir el resto de su vida. Decía así:

"Yo, Isabel, hija del Excelente Don Pedro, por la gracia de Dios, ilustre Rey de Aragón, entrego mi cuerpo, como mujer legítima, a vos Don Dionisio, por la gracia de Dios, Rey de Portugal y del Algarbe, aunque ausente, como si estuvieráis presente".

La boda se celebró con la pompa y solemnidad de las grandes ceremonias regias, acaeciendo todo esto el once de febrero del año 1282.

Besó la mano a sus padres en señal de acatamiento y recibió de los allí presentes los debidos homenajes.

Caminando hacia el nuevo Reino

Pocos días después, la comitiva que había de acompañar a la nueva Reina de Portugal, pensó ponerse en camino.

Y llegan las despedidas, siempre sentidas y dolorosas, y

recibe el abrazo y la bendición de su madre. Y lo mismo hace su padre, que le dice:

"El omnipotente y poderoso Señor y Dios nuestro, que te ha criado y guardado para estas bodas y que fueses Reina con su divina virtud y potestad, enderece tu camino y guíe a tu esposo. Este mismo Señor que en mi casa te amó y guardó y te dio gracia para ser amada de todos, encamine tu viaje: que sea próspero y feliz en las parte por donde pasares. El mismo componga tu vida: que seas agradable a los hombres y más a Dios. Quiera su divina Majestad que tengas paz con tu marido, hasta la última edad o vejez".

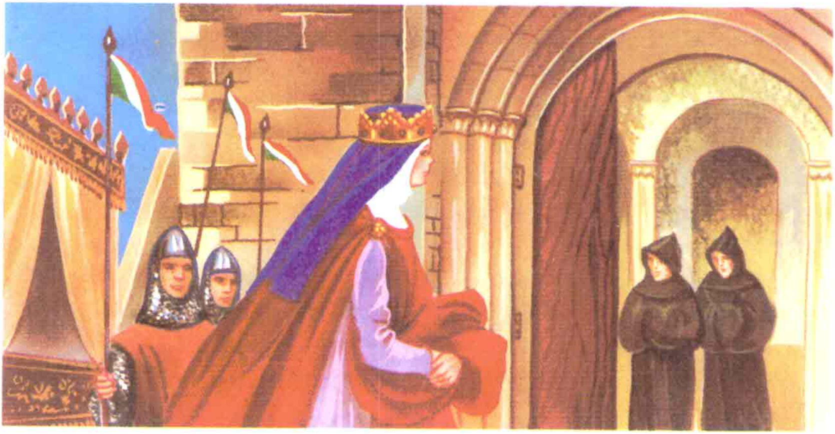
Por último, al separarse ya de ella, le dijo:

—"Hija, yo te doy mi bendición, y Dios te quiera siempre conceder su bendición grande".

Don Pedro la acompañó hasta la misma raya aragonesa, junto con muchos caballeros de la nobleza portuguesa, catalana, aragonesa y valenciana, con nutrida escolta militar.

La marcha la hacían en palanquín o en cabalgaduras ricamente enjaezadas, y descansaban en monasterios y castillos o en las propias tiendas que consigo llevaban.

En el límite de Castilla la esperaba el Rey Don Sancho, el cual, al no poder seguir acompañándola personalmente, le envía al infante Don Jaime, su hermano, dándole mucha gente armada para su protección.



Y así llegan a Portugal. A la entrada, entre los personajes que habían acudido a esperarla, se hallaba el infante Don Alfonso, hermano del Rey.

Con nueva escolta, caminan hasta Braganza. Y aquí se detienen para, en la iglesia del convento de San Francisco, dar gracias a Dios por el feliz término de las jornadas.

Luego, en Troncoso, se entrevista con el Rey por vez primera, y aquí, con fecha veinticuatro de junio de 1283, son confirmadas y ultimadas las ceremonias nupciales.

La Corte se detiene unos días para celebrar dignamente tan fausto acontecimiento, y luego sigue hasta Coimbra, donde continúan las justas, torneos y fiestas populares.

Puede alegrarse, en verdad, todo Portugal, pues tiene ya una Reina que es un verdadero tesoro.

Su forma de vida

Su ocupación favorita seguía siendo, sobre todo por las tardes, las labores, cosiendo, bordando y preparando ornamentos para las iglesias pobres, trabajos en que la acompañaban camareras, dueñas y doncellas.

Como bagaje de su cultura, se supone que la Reina había aprendido las lenguas catalana, la italiana, la francesa, la castellana y, ahora últimamente, la portuguesa.

Procuraba cumplir fielmente con las obligaciones del nuevo Estado. Presidía solemnidades oficiales, banquetes y recepciones; asistía a las audiencias y recibía las visitas de sus súbditos, pues decía que ella era responsable de su bienestar y de su salvación.

Su vida, en una palabra, era para todos ejemplar, pues no usaba vestidos ostentosos ni era dada a diversiones ni placeres mundanos. Con destreza y mesurado tino, poco a poco iba conquistándose, en la Corte, la simpatía y el general respeto.

Las personas que más de cerca la servían y acompañaban, eran las siguientes:

Su aya, Doña Betaza, de origen griego, pues era hija del conde de Ventimilla y nieta del Emperador de Oriente, Teodoro Láscaro Tercero.

Y la aragonesa Doña María Jiménez Coronel, así como la Marquesa Rodríguez.

Su confesor era fray Pedro Serra, de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, al cual sucedieron fray Esteban de Santarem y fray Salvador Martins, de la Orden de la Santísima Trinidad.

En compañía del Rey, solía visitar ciudades, villas y monasterios. En el de Alcobasa, de monjes cistercienses, vivieron varios días. Como recuerdo de esta visita, Don Dionisio ordenó construir, pagándolo de su cuenta, el llamado "Claustro del Silencio".

Muere Don Pedro Tercero

Un día del año 1285, llegó a la Corte el triste mensaje del fallecimiento, en Villafranca del Panadés, el 10 de noviembre, de Don Pedro Tercero, Rey de Aragón.

Profundo fue el pesar de Doña Isabel por impedirle la distancia dar el último beso a su padre.

Pero se consolaba al saber que el Arzobispo de Tarragona lo había absuelto de la excomunión que sobre él pesaba, a causa de la expedición que realizó a Sicilia en 1282, y que tanto había disgustado al Papa Martín Cuarto.

Nacimiento de la infanta Doña Constanza

Dos años después, contando la Reina diecisiete de edad,

nacía la infanta Doña Constanza, sirviendo de gran regocijo a todas las ciudades y villas del Reino.

Doña Isabel observaba que la conciencia moral de los individuos se debilitaba cada día más con motivo de la excomunión que pesaba sobre Portugal.

Y con su acto admirable logró que Don Dionisio convocara Cortes Generales, dando así ocasión a la Iglesia para que puediera exponer sus agravios.

Resultado de todo ello fue la firma del Concordato de 1289, entre Portugal y la Sede Pontificia.

Otro de los logros de Doña Isabel fue la creación de la Universidad de Lisboa, trasladada luego, en 1308, a Coimbra.

Nacimiento del infante Don Alfonso

El nacimiento del infante Don Alfonso, sucesor de la corona portuguesa, colmó de gozo el corazón de la Soberana.

Esto aconteció el ocho de febrero de 1291, cuando la Reina tenía veinte años de edad.

Desavenencias con el Rey

Su esposo, que, por las dotes que lo adornaban, se había ganado los apelativos de Rey Prudente, Rey Liberal, Rey Labrador, Rey Poeta y Padre de la Patria, no era tan fiel, en cuanto al matrimonio, como hubiera sido de desear.

La tolerante esposa sufría en silencio estas libertades y oraba a Dios insistentemente por la enmienda del Rey.

Muchas veces se la vio llorar. Otras, procuró atajar estos desavíos del esposo.

Una de esas veces fue muy sonada. Supo que el Rey, cierta noche, se había concertado para una aventura de amor en una casa de campo.

Por setos y sendas, distribuyó la Reina a un grupo de sus fieles servidores, bien provistos de antorchas.

Cuando el Rey, camuflado en su capa, se deslizaba entre las sombras, se encendieron de repente todas las hachas.

Sorprendido y lleno de furor, quiso el Rey castigar a los atrevidos cortesanos. Mas apareció la Reina en ese preciso instante diciéndole:

—Es mía la culpa, Señor. Sólo quise iluminar a un alma que parece ha perdido su camino.

El paje calumniador

Otro suceso fue el del paje calumniador.

Para sus limosnas secretas, valíase la Reina de un paje de su confianza, al cual, por menesteres de su oficio, recibía a veces a solas y a deshora.

Un émulo suyo, paje del Rey, lo denunció a éste, que dio crédito al maldiciente.

Planeaba el Rey el modo más eficaz para quitar de enmedio al supuesto agraviador, cuando, paseando por las inmediaciones de Coimbra, vio un horno de cal, y le asaltó la idea.

Llama al dueño de la calera y le dice:

— Mañana, muy temprano, al primer hombre que llegue aquí diciéndoos que cumpláis la orden del Rey, tomadlo inmediatamente y arrojadlo al fuego. Así conviene a mi servicio y a vos os va la vida en la ejecución y en el secreto.

A la mañana siguiente, con el alba, llama Don Dionisio al limosnero de la Reina, y lo envía, como su mensajero, al dueño de la calera, encargándole le de el recado que ya la víspera había convenido.

Pero el limosnero, cuando iba de camino, oyó tocar a misa y entró en la iglesia a oírla, y aún escuchó otras dos más suponiendo que no era tan urgente la orden del Rey.

Este, como avanzara el día y nada supiera del cumplimiento de su mandato, ordena al paje impostor que fuera a preguntar al duño de la calera si había cumplido la orden dada por él.

El señor, al oír tal pregunta, sin más respuesta, se avalanza sobre el paje y lo arroja al horno.

Cuando poco después llega el limosnero a la calera y hace la consabida interrogación, le contesta el dueño del horno:

— Id y decid al Rey que su orden ha quedado cumplida.

Cuando Don Dionisio vio al limosnero y se enteró de lo que había ocurrido, comprendió lo que son los altos juicios de Dios, quedando convencido de la inocencia de su esposa y del providencial castigo del infeliz calumniador.

Un milagro de San Luis, Obispo

La Reina estaba emparentada con varios santos, entre ellos, San Luis de Anjou, Obispo de Tolosa (Francia), que era primo suyo.

A este franciscano, hijo del Rey de Nápoles, muerto a los veintitrés años de edad, lo acababa de canonizar el Papa Juan XXII, en el año 1317.

Doña Isabel sentía hacia él gran confianza y devoción y le recomendaba a Don Dionisio que se la tuviera y lo invocara en todas las ocasiones.

Y sucedió que, un día, el Rey salió de caza, se internó en un bosque y de improviso se encuentra con un oso enorme que se avalanza sobre él, intentando devorarlo.

Se encomienda el Rey a San Luis, y el Santo se le aparece y le dice:

—¿Por qué temes?... Echa mano del puñal que llevas a la cintura y mata a la fiera.

Así lo hizo el Rey y, postrado en tierra, dio gracias al Señor por haberlo librado de una muerte segura.

La Reina, al enterarse, mostraba gran alegría por este favor concedido por San Luis.

Riguroso método de vida

La Reina seguía observando aquella vida disciplinada

cuyos principios aprendiera en las Cortes de Aragón y Cataluña.

Oía misa diaria, gustaba de la meditación y departía con sus doncellas, siempre hablando de cosas honestas y devotas.

Ayunaba a pan y agua todos los viernes del año y en las vigilias de las fiestas del Señor, de la Virgen y de los Apóstoles, sin perjuicio de observar con todo rigor las cuatro cuaresmas tradicionales: la de Semana Santa, la de la Asunción, la de San Miguel y la de Adviento.

Y bajo sus vestidos, solía llevar disimuladamente ásperos cilicios.

El milagro de las rosas

Continuaba practicando obras de caridad.

Una noche de invierno, llevaba en la falda buena cantidad de monedas para socorrer a pobres vergonzantes.

Se encuentra, de improviso, con el Rey, que le pregunta:

—¿Qué lleváis ahí, Señora?

—Llevo rosas —contestó la Reina.

—¿Rosas en este tiempo tan frío?

Despliega la Reina su manto y aparece un montón de rosas fragantes y lozanas.

III

DOÑA ISABEL, ANGEL DE PAZ

Ya dijimos que una de las grandes cualidades que brilló en esta Reina durante toda su vida fue la de pacificadora.

Empezó consiguiendo la paz en su familia con su nacimiento y después al contraer nupcias con Don Dionisio.

Contribuyó al Concordato con la Santa Sede el año 1289.

En Fuente Guinaldo, celebró una entrevista de tres días con la Gobernadora de Castilla, Doña María de Molina, afianzándose, como consecuencia, la paz entre castellanos y portugueses.

Para que viniesen a un acuerdo a su marido Don Dionisio, su yerno Don Fernando de Castilla y su hermano Don Jaime II de Aragón, convoca a los tres monarcas, con ella, en Tarazona, alcanzando feliz éxito.

Desterrada en Alenquer

La primera vez que su hijo, el infante Don Alfonso, se rebeló contra su padre, la Reina lo libró de una emboscada que le tendía el Rey.

Irritado Don Dionisio, confinó a Isabel a Alenquer, con disgusto de todos los portugueses.

En aquella soledad vivió ***vida muito amargosa***, en frase

suya. Y es que se le impidió intervenir para arreglar asuntos de la nación.

Pero aquel destierro lo aprovechó para intensificar su vida de piedad.

Por su mano deba de comer diariamente a trece leprosos y visitaba también los enfermos del contorno.

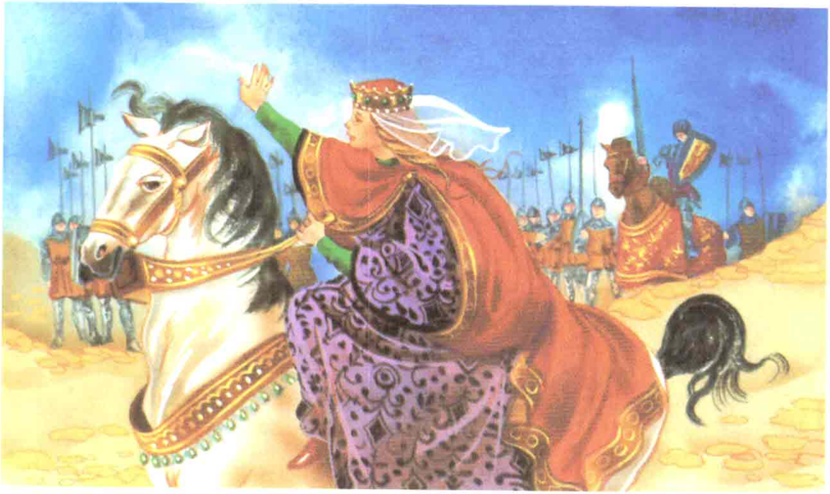
Echó, por entonces, los cimientos de la iglesia del Espíritu Santo de Alenquer.

Se cuenta que, al no poder pagar a los obreros en metálico, les retribuía el salario dándoles rosas, que se trocaban miligrosamente en monedas de oro.

Compadecido el Rey de tanta bondad, dulzura, caridad y resignación de la Reina, le dio, por fin, la libertad.

Enseguida acudió a reconciliar al padre con el hijo.

El Papa le escribió, con este motivo, una carta toda llena de elogios y bendiciones.



La Reina en la Batalla de Alvalade

A los dieciocho meses de estos acontecimientos, vuelve el príncipe a rebelarse contra su padre.

Puestos frente a frente los dos bandos enemigos en el llano de Alvalade, comienza la feroz batalla.

A poco, aparece cabalgando en fuerte mula, una animosa mujer que era la misma Reina, a quien los proyectiles misteriosamente respetaban, mientras ella habría los brazos, invitando a todos a la paz.

Don Dionisio y Don Alfonso, impresionados por la presencia de la Reina en el fragor de la batalla, allí mismo se avienen y se abrazan, doblando el hijo la rodilla para pedir al padre la bendición.

Don Alfonso Sánchez se retira a Alburquerque

Para evitar nuevos enfrentamientos en Portugal, determina la Reina entrevistarse con su esposo, y le pide de todo corazón que aleje de su lado a su hijo bastardo, Don Alfonso Sánchez, causa de los celos y rebeldías del príncipe Alfonso, el heredero.

Mucho costó al Rey esta decisión. Pero, habiendo hablado Don Alfonso Sánchez con la Reina, accede a su deseo, la besa la mano, se despide de ella y se retira a su villa de Alburquerque, en Castilla.

Sucedía esto en 1324. Y otra vez, gracias a Doña Isabel, gozó Portugal de un período de paz.

Enfermedad y muerte del Rey

Al año siguiente de la batalla de Alvalade, cayó el Rey gravemente enfermo.

La bendita esposa lo cuidaba con desvelo y abnegación tan grandes, que el Rey la preguntó un día:

—Señora, ¿pretendéis que la muerte nos lleve a los dos al mismo tiempo?

—Si he asistido a tantas gentes que me eran ajenas, ¿qué menos habría de hacer por vos? —replicó Isabel.

El Rey tenía tan alto concepto de aquella santa mujer, que la nombró su albacea:

—Porque estoy cierto de que hará por mí y por mi alma todo aquello que pueda y deba hacer.

Por fin, el siete de enero del año 1325, a los sesenta y cuatro años de edad y cuarenta y seis de reinado, el Rey moría en Santarem, después de besar el crucifijo que le ofreciera Doña Isabel.

Fue enterrado en el monasterio de San Dionisio de Odivelas, por él mandado construir tiempo atrás para monjes del Císter, en agradecimiento al cielo por haber salido incólume en el encuentro con un oso en una cacería, como quedamos dicho más arriba.

IV

DOÑA ISABEL, REINA VIUDA

Muerto Don Dionisio, Isabel expuso a los cortesanos lo siguiente:

—Daos cuenta de que, a la vez que al Rey, perdisteis también a la Reina.

Ingresa en la Tercera Orden de Penitencia

A imitación de su tía abuela, Santa Isabel de Hungría, ingresa en la Orden Tercera de Penitencia de San Francisco de Asís, y, vistiendo el hábito de clarisa, se recluye en los aposentos que tenía junto al Convento de Santa Clara, en Coimbra.

Allí recibe una reliquia de la verdadera Cruz de Nuestro Señor, que le remitía Su Santidad el Papa Juan XXII, junto con una carta de pésame, en la que la consolaba, le mandaba la bendición y le decía:

"Vos sabéis que lo externo de las cosas humanas pasa, porque es corruptible, y que nada de lo que nace bajo el sol, tiene sólido fundamento".

Peregrina a Compostela

Aquel mismo verano, una vez cumplidas las últimas voluntades de su esposo, determina ir en romería a Compostela.

Acompañada de limitada servidumbre, salió sin decir a nadie ni el rumbo ni el destino de su viaje.

Lo hizo en litera. Cuando divisó la catedral, echó a andar vestida de romera, pasando así desapercibida los primeros días.

Pero, cuando en la festividad del Apóstol Santiago, hizo donación al Arzobispo de una corona de oro, engastada en

piedras preciosas, ropas de valor, copiosa limosna y otras ricas prendas, fue descubierta su disimulada personalidad.

El Prelado le regaló báculo y esclavina preciosísimos y ordenó que la nobleza la acompañara hasta la frontera.

Dice un cronista que "había quedado satisfecha su devoción, pero no salió bien contenta la humildad".

Al año siguiente, a pesar de frisar ya en los sesenta y cinco años, vuelve a realizar la misma perigrinación, pero en muy distinta forma.

Hizo a pie y por jornadas todo el trayecto, acompañada tan sólo de dos mujeres, guardando en una alforjilla el sustento que les daban.

Pudo de este modo satisfacer sus ansias de devoción, tornando feliz a su convento, por haber podido dar excelentes ejemplos de edificación con sus actos.

Interviene nuevamente por la paz

Parecía que no volvería a salir más de aquel santo retiro, cuando se entera de las desavenencias entre su hijo Alfonso de Portugal y el yerno de éste, Alfonso de Castilla.

Treinta leguas de distancia recorrió, con los calores de junio para acudir a Estremoz, y allí exhortar a la reconciliación, una vez más en su vida, a los desavenidos suegro y yerno.

Este esfuerzo no supo ella que luego resultó baldío.

Santa muerte de la Reina

Una tenaz calentura comenzó a devorar a la Reina, consecuencia parece ser, de un absceso en el brazo.

Recibió el Viático de rodillas sobre el suelo, vestida con el hábito y velos de clarisa.

Y el cuatro de julio de 1336, próxima ya a expirtar, irguióse de pronto y dijo a la Reina Beatriz que la asistía:

—Hija, levántate y sal a recibir a esa Señora que viene a consolarme.

—Madre, ¿de cuál señora hablas? —contestó la nuera, pues nada veía.

—Pues ¡cómo! —replicó Isabel, transfigurada— ¿no ves esa Señora de vestiduras blancas, tan hermosa?

Poco después, musitaba aquella oración suya preferida: "María Madre de gracia, Madre de Misericordia: defiéndenos del enemigo y ampáranos en la hora de nuestra muerte".

Cerró los ojos suavemente, como en un dulce sueño, para despertar en la gloria.

Isabel moría como Reina y comenzaba a brillar como Santa.

Eran sesenta y cinco años repletos de buenas obras y de ejemplos de santidad.

Hecho el traslado de los restos desde Estremoz, el día doce del mismo mes de julio de 1336, fue sepultada en el Monasterio de Santa Clara de Coimbra, según su última voluntad.

V

FAMA DE SANTIDAD

Casos milagrosos en sus exequias

Más de una vez, entre las obras de caridad que en su vida realizara, se oía hablar de alguna curación o caso prodigioso debido a sus oraciones.

Pero solía atribuirse a adulación palatina o a cándida credulidad de la persona que el caso refería.

Ahora, en el traslado de los restos de la Santa para su enterramiento en Coimbra, se pudieron constatar varios hechos maravillosos. Citemos algunos de ellos.

Se pudo comprobar muy bien que el féretro exhalaba embriagador perfume.

El caudatario de la Reina hallábase enfermo y se dolía de no poder seguir en el entierro: abrázase a la caja y queda curado.

Una persona que tenía paralizado el brazo derecho, con sólo envolvérselo en las telas que del ataúd colgaban, quedó curada repentinamente.

Así que por todas partes se clamoreaba:

—¡Era Santa! ¡Era Santa!

El Obispo de Coimbra, temiendo profanaciones, encomendó a los guardianes que la enterraran clandestinamente antes del día señalado. Pero les embargó un sopor tan invencible, que no pudieron cumplir la orden.

En aquel inexplicable letargo vieron los fieles una intervención sobrenatural.

En el día de las solemnes exequias hubo más prodigios.

Una monja clarisa, paralítica, rompía a andar, al pedir al Señor que le permitiese asistir al oficio fúnebre.

Y otra religiosa se veía libre de una úlcera en la boca.

Otros hechos extraordinarios durante su vida

Al comentar estos prodigios, se recordaban ahora otros hechos de su vida que se tenían por milagrosos. Por ejemplo: que había sido obra de los ángeles la traza de los cimientos de la iglesia que ella empezó en Alenquer, dedicada al Espíritu Santo.

También que en aquel palacio de su destierro, las aguas habían adquirido virtudes curativas desde que ella lavó las ropas de los leprosos.

En su palacio de Santarem recibía a los leprosos para darles las limosnas acostumbradas.

A uno que, al salir, se había quedado atrás por hallarse en peores condiciones, un portero le dio con un palo en la cabeza abriéndole una herida, de la que brotó mucha sangre.

Luego que esta herida fue lavada por la Reina, quedó sana y completamente curada.

Cuando estuvo gravemente enferma y se resistía a beber el vino que los médicos le recetaban, pues ella era abstemia, al tocar con sus labios el agua que le daban, se convertía en vino generoso.

Una ciega de Arrufana se sintió repentinamente curada al contacto de sus manos, cuando iba, como romera, camino de Compostela.

Al volver de Santiago, quiso cambiar, dentro de la iglesia, el mausoleo que había preparado para sí, pero los obreros, por más que intentaron, no puderon ni moverlo.

Entonces ella, risueña, apoyando en los mármoles el báculo que traía, les dijo:

—¡Ea, ea, que bien podéis!

Como lo transportaran luego con facilidad y lo atribuyeran a milagro, la Reina les contestó bromeando:

—Algo habríais de decir para excusar vuestra flojedad y poca maña, aunque bien pudiera ser virtud de este báculo que traigo en reverencia de mi santo Apóstol.

Cuando murió la infanta Doña Constanza

El propio Rey don Dionisio refirió el siguiente caso:

Había muerto Doña Constanza, la hija de los Reyes, y, caminando estos de Santarem a Lisboa, se encontraron, en el campo, con un ermitaño, que le contó habérsele aparecido en sueños la Princesa, encargándole pidiese a la Reina la

celebración de cien misas para sacar su alma del Purgatorio.

Comunicó la Reina a Don Dionisio lo ocurrido, y encargaron las misas.

Algún tiempo después, vio también la Reina, en sueños, a su hija, la cual le agradeció la misericordia que había tenido con ella, librándola así de aquel tormento expiratorio.

Refería esto Isabel a Dionisio y echaban cuentas de si se habrían terminado de celebrar ya todas las misas, cuando se presentó el capellán que las decía, exponiéndolas:

—Vean Vuestras Altezas si tienen alguna otra cosa que mandarme, pues ayer terminé de celebrar las misas que me encargaron.

Testimonios varios sobre su Santidad

Santa la proclaman todos, aunque cada cual lo hiciera desde su punto de vista y a su modo y manera.

Gloriosa Reina Santa la llamó su hijo Don Alfonso en el documento en que se reconocía a las clarisas la propiedad sobre el palacete y hospital que fundara su madre.

Cuerpo Santo llama a sus despojos el Prelado de Coimbra.

Hasta un retrato, hecho al natural en vida de la Santa, lleva el nimbo radiante propio de las almas escogidas.

De todas partes acudían a orar ante su sepulcro, convencidos de que, por el esplendor de sus virtudes y por haber muerto en olor de santidad, ya estaría gozando de la eterna bienaventuranza.

Ella fue quien introdujo en Portugal la devoción a la Inmaculada Concepción de María, y con dinero suyo levantó, en Lisboa, la primera capilla en honor de tan dulcísimo misterio.

Canonización de la Reina Santa

Los milagros seguían multiplicándose ante su tumba.

En el proceso de beatificación, se reconoció la curación de seis moribundos, cinco paralíticos, dos leprosos y un loco.

Por fin, dos siglos después de su dichoso tránsito y entrada en la eternidad, fue beatificada por Su Santidad el Papa León X, pero restringiendo el culto sólo a las diócesis de Coimbra.

El Cardenal Del Monte, con motivo de esta causa de beatificación, la llamó "perla transparente de la dinastía aragonesa".

Pablo Cuarto extendió a todo Portugal la celebración de su culto, poniendo al Reino bajo su Patronato.

Como trámite previo para la canonización, se examinaron sus restos, encontrándose el cuerpo incorrupto, limpio y entero, exhalando exquisito perfume.

Y en 1625, reinando en España y Portugal Felipe IV, el veinticinco de mayo, en la gran Basílica Vaticana, el Papa Urbano VIII pronunció la fórmula de canonización:

"Definimos que la Reina Isabel, de gloriosa memoria, cuya santidad de vida, sinceridad de fe y excelencia de milagros están plenamente probadas, es Santa".

A la Santa Reina debía este Pontífice la recuperación de su salud, y era el único santo que canonizaba durante su largo pontificado.

VI

SANTA ISABEL, RUEGA POR NOSOTROS

Desde esta declaración pontificia, se extendió el culto a la Reina Santa por todo el mundo.

A causa de las inundaciones de Mondego, hubo que construir un nuevo Monasterio de Santa Clara, al que se trasladaron los sagrados restos, y allí reposan en sepulcro de plata, siendo objeto de veneración de toda la cristiandad.

El sepulcro que ella se mandó construir

Se conserva también, en dicho Monasterio, el antiguo sepulcro que ella misma se mandó construir.

Sobre él, la estatua yacente que representa su cuerpo, cubierto con el sayal de clarisa, y de cuyo cordón ceñidor pende una escalpela, en la que campea la concha de Santiago, que, con el bordón nos recuerda las visitas que hizo, como peregrina, a la tumba del gran Apóstol, Patrón de España.

Lo que nos enseña Santa Isabel

Santa Isabel, con su extraordinaria hermosura y viviendo en medio del fasto de la Corte y de las tentaciones mun-

danas, nos enseña que es posible a la virtud atravesar victoriosa por el mundo y encaminarse al cielo, nuestra definitiva patria.

Para llegar a ella y gozar allí de eterna felicidad, imitemos las virtudes de esta mujer excepcional, Reina admirable y gran Santa: su bondad y caridad para con los menesterosos; su firmeza y voluntad en el cumplimiento del deber; su comprensión y tacto exquisito, y su amor a la paz, por la que tanto se afanó en beneficio de su familia y de la Península Ibérica.

Oración del Papa Bonifacio Octavo

Invoquemos su protección con la oración que compuso el mismo Papa Bonifacio VIII:

"Clementísimo Dios, que concedísteis a la Reina Santa

Isabel, entre otras egregias dotes, la gracia de apaciguar las guerras: concédenos, por su intercesión, que, después de la paz de la presente vida, que imploramos, lleguemos a los goces eternos. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén''.

Descanse en paz esta bella flor de la Iberia, que, con su fragancia, perfumó la vida de un Rey poeta y la de toda su época, y hoy es gloria de Portugal, de España y de la Iglesia universal.

Su fiesta se celebra anualmente el día ocho de julio.

¡SANTA ISABEL, RUEGA POR NOSOTROS!

INDICE

		Págs.
I.	Infanta de Aragón	3
	Su nacimiento	3
	Su educación	5
	Una nota de franciscanismo	6
	Muerte de Don Jaime	7
	Coronación de Don Pedro III	8
	Cómo distrubuía el tiempo	9
II.	Reina de Portugal	10
	Desposorios	10
	Caminando hacia el nuevo Reino	11
	Su forma de vida	14
	Muere Don Pedro III	15
	Nacimiento de la infanta Doña Constanza	15
	Nacimiento del infante Don Alfonso	16
	Desavenencias con el Rey	16
	El paje calumniador	17
	Un milagro de San Luis, Obispo	18
	Riguroso método de vida	19
	El milagro de las rosas	21
III.	Doña Isabel, Angel de Paz	22
	Desterrada en Alenquer	23
	La Reina en la batalla de Alvalade	25
	Don Alfonso Sánchez se retira a Alburquerque	26
	Enfermedad y muerte del Rey	27

IV. Doña Isabel, Reina Viuda 29
Ingresa en la Tercera Orden de Penitencia 29
Peregrina a Compostela 30
Interviene nuevamente por la paz 32
Santa muerte de la Reina 33

V. Fama de santidad 36
Casos milagrosos en sus exequias 36
Otros hechos extraordinarios durante su vida . 37
Cuando murió la infanta Doña Constanza . . . 38
Testimonios varios sobre su santidad 40
Canonización de la Reina Santa 40

VI. Santa Isabel, ruega por nosotros 42
El sepulcro que ella se mandó construir 42
Lo que nos enseña Santa Isabel 42
Oración del Papa Bonifacio VIII 43

COLECCION PIEDAD INFANTIL
(Vidas de Santos ilustradas en colores)

HISTORIA DE JESUS
LA VIRGEN MARIA
SAN JOSE
SANTA BERNARDITA
SAN FRANCISCO DE ASIS
SAN FRANCISCO JAVIER
SAN IGNACIO DE LOYOLA
SAN LUIS GONZAGA
SANTA ROSA DE LIMA
SANTA INES
SANTA TERESA DE JESUS
SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS
SAN ANTONIO DE PADUA
SAN FERNANDO REY
SAN HERMENEGILDO REY
SAN LUIS REY
SANTA JUANA DE LESTONNAC
SAN PABLO APOSTOL
SAN PEDRO APOSTOL
SAN JUAN APOSTOL
SANTIAGO APOSTOL
SAN JUAN BAUTISTA
SANTA MARGARITA DE ALACOQUE
SANTO DOMINGO DE GUZMAN
SAN SIMON STOK
SAN PEDRO NOLASCO
SAN JUAN BOSCO
SANTOS JUSTO Y PASTOR
SANTA RITA DE CASIA
SANTA CATALINA LABOURE

SAN MARTIN DE PORRES
SANTA MARIA MAGDALENA
SANTA MARIA MAGDALENA DE PAZZI
SANTAS JUSTA Y RUFINA
SAN JUAN DE LA CRUZ
SAN JUAN DE DIOS
SAN AGUSTIN
SAN ANTONIO MARIA CLARET
SAN ISIDRO LABRADOR
SAN GABRIEL DE LA DOLOROSA
SANTA GEMA GALGANI
SAN ANTONIO ABAD
SAN BENITO ABAD
SAN BRUNO PADRE DE LOS CARTUJOS
SAN JOSE DE CALASANZ
SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE
SANTO DOMINGUITO SAVIO
SAN ESTANISLAO DE KOSCA
SANTA CATALINA DE SIENA
SAN PASCUAL BAILON
SAN FRANCISCO SOLANO
SAN FRANCISCO DE BORJA
SAN DIEGO DE ALCALA
SANTO TOMAS DE AQUINO
SAN VICENTE FERRER
SAN ILDEFONSO
SAN BERNARDO DE CLARABAL
SAN ISIDORO DE SEVILLA
SANTA CLARA DE ASIS
SAN ROQUE
SANTA ISABEL REINA DE HUNGRIA
ISABEL LA CATOLICA SIERVA DE DIOS

Si no los encuentra en las librerías, pídalos al APOSTOLADO MARIANO-, Recaredo, 44-4100 / SEVILLA.

ISBN: 978-84-7656-140-9

9 788476 561409